

«EUROPA Y AMÉRICA: BAJO Y SOBRE EL RACIONALISMO DE LA ARQUITECTURA»

(Conferencia pronunciada en Bilbao por nuestro compañero D. LUIS LACASA)

EL título de mi charla es "Europa y América. Bajo y sobre el racionalismo de la arquitectura". Comprendo que es un título demasiado conceptuoso y lacónico para ser claro; pero, para explicarlo mejor, estoy ante vosotros.

Algo se aclara el asunto si decimos: Europa bajo el racionalismo y América sobre el racionalismo de la arquitectura.

Por lo tanto, las dos partes principales en las que voy a dividir mi charla llevan buenos nombres. Nada menos que los de dos partes del mundo.

Vayamos, pues, por partes, y empecemos por la primera, o sea...

EUROPA BAJO EL RACIONALISMO DE LA ARQUITECTURA.

Perdonad que los hombres de treinta años tengamos la vanidad de creer que con el fin de la guerra europea ha comenzado una nueva época, pues ya sé que dentro de cincuenta años será la guerra europea una lección más en el programa de la Historia Universal, aunque nosotros estemos tan satisfechos de ser los hombres de la postguerra.

La postguerra ha traído con gran insistencia, en el lenguaje arquitectónico, la palabra racionalismo. Bajo esa palabra han empezado a florecer en toda Europa obras que prueban una vez más el poder constructivo de la palabra.

El racionalismo es algo más que una serie de principios constructivos y estéticos, es nada menos que un sistema moral, una ética nueva, aunque si releemos la lámpara de la verdad en aquel libro de Ruskin, tan lejano ya de nosotros, veremos que sus palabras, aderezadas con unos cuantos *standard* y *ripolin*, pudieran muy bien servir en las proclamas de papel *couché* que nos acaba de presentar cierto articulista arquitectónico.

Los racionalistas son puritanos, no ceden a los fáciles atractivos del arte histórico; plantean, con el corazón limpio y la cabeza serena, sus problemas en planta, y luego, sin concesiones al pasado, sin el menor temblor sentimental, levantan sus muros, cubren con sus terrazas y dejan plantada su obra, la obra de la verdad.

Nadie puede protestar de un ideal tan noble como el racionalismo, puesto que es una cosa así como el baño del Jordán de la arquitectura.

Pero hay espíritus maliciosos que no se han conformado con leer el nuevo decálogo y han querido contemplar el resultado material de tan rígidos principios. Según parece, estos malos espíritus no han quedado muy contentos, y hay quien dice... son murmuraciones, es

claro..., hay quien dice que los racionalistas faltan a sus mandamientos.

Sí. Hay quien dice, por ejemplo, que en lugar de proyectar sus edificios de dentro a fuera, partiendo de las necesidades científicas, lo hacen de fuera a dentro, contando con el cubo de aquí, la horizontal de allí o el ventanal apaisado de más allá. Es claro que son murmuraciones, aunque, sin embargo, es muy explicable que habiendo tantas revistas con unos cubos tan bonitos, la gente piense también, sin olvidar sus principios, que también puede hacer cubos bonitos.

Por mi parte, sólo tengo una experiencia que pueda dar algo de luz sobre esta cuestión. Un compañero, animado de los propósitos más verdaderos, proyectaba a mi lado un edificio. Se trataba de una vivienda y empezó a tantear la planta según el programa dado, y, después de componer diferentes jeroglíficos, de plantear distintas soluciones, dió con una que consideró la procedente, tan normal, tan corriente, como hubiera sido la de otro compañero cualquiera, aunque no hubiera estado impregnado de tan nobles y modernos propósitos como el que nos ocupa.

Por conocimiento particular de la persona y por la manera de plantear el edificio puedo afirmar que no se aplicaron principios de composición ni de funcionamiento de la vivienda que fueran nuevos; tal vez aquella planta era vulgar y hasta algo malilla.

Según los principios racionalistas, sobre aquella base horizontal debiera levantarse el volumen correspondiente de una manera fatal, inapelable y precisa. Yo no sé si mi compañero al componer la planta veía ya los problemas del espacio que se avecinaban, pero mi sorpresa fué grande cuando vi que en lugar de levantar los volúmenes de una manera automática, pues según la ciencia pura y sin desfallecimientos líricos, a cada rectángulo de la planta debe corresponder una altura única e inamovible, vi que mi compañero empezaba nuevamente con tanteos acoplando los cubos, subiendo o bajando el nivel de las terrazas (es claro que se trataba de terrazas) hasta obtener lo que a su juicio era la armonía precisa, científica y racionalista de aquella vivienda. El aspecto exterior resultante era de una intersección de paralelepípedos de diferentes tamaños y proporciones y pude advertir que entre tanto plano apareció también un cilindro, cosa que me extrañó, aunque luego me he enterado de que se llevan también los cilindros, claro que sin abusar de ellos.

Yo no sé si con mi ejemplo tuve suerte, si di por casualidad con un racionalista superficial, y por lo tanto no tengo derecho a generalizar.

Pero si me permitiréis que diga sobre este punto lo siguiente: que en la Exposición de Stuttgart, que

como sabéis es el conjunto más importante de la nueva arquitectura, y a la que fui con el más vivo deseo de encontrar lo que buscaba (mejor dicho, lo que todos buscamos), en aquella agrupación que por los nombres que representaba y por la unidad de orientación que tenía podía considerarse como un excelente ejemplo, creí adivinar nuevamente lo que en mi compañero había visto; es decir, que bajo el plano ropaje de la construcción racionalista se deslizaban las imágenes de la plástica cubista y constructivista, o, lo que es lo mismo, que aquellos hombres que habían acudido obedientes al llamamiento de la razón pura no podían renunciar a su sensibilidad y con su razón llevaban también sus imágenes razonables preconcebidas.

Por todo lo antedicho vais a creer que soy un reaccionario, que se me han atragantado los cubos y que me dejo mecer por las dulces volutas del estilo barroco o me agradan esos hombres enjutos y terminados en una hoja de acanto que constituyen las ménsulas del estilo plateresco.

Si así pensáis os equivocáis, porque ya os dije antes, con la petulancia correspondiente, que soy un hombre de la postguerra, y yo creo que somos los hombres de la postguerra los llamados a realizar lo que los racionalistas han dicho, y para nosotros son ellos simplemente los hombres de transición.

Permítaseme un juicio antes de aclarar lo que acabo de decir, juicio que es necesario para que pueda seguir hablando con desenvoltura. Dije al principio de mi charla que soy el soldado desconocido de la arquitectura; no se trata de una manifestación de falsa modestia, sino de algo mucho más importante. Nosotros, los hombres de la postguerra, no creemos en los genios, desconfiamos de las grandes personalidades, no nos agrada el tipo desgrefinado, con chalina y gesticulando en lo alto de una barricada muy siglo XIX; y, por el contrario, tenemos gran fe en la cooperación, en el hombre medio, pero eficaz, y en la actividad humilde; no os extrañe, pues, que nos conformemos con ser unos simples y buenos soldados.

Este inciso era necesario, porque así, si veis una manifestación excesiva en mis palabras, sabréis perdonarme su forma.

Volviendo al tema que nos ocupa: había llamado a los racionalistas hombres de transición, y voy a intentar justificarlo.

La naturaleza no da saltos (ya sé que también se puede decir en latín), y los racionalistas han presentado de repente los nuevos problemas estéticos (insisto en que son estéticos). Ni un momento he creído que los racionalistas fueran unos farsantes; esas cosas sólo lo creen los de pueblo; pero sí creo que han querido correr demasiado, destruir y construir sobre las mismas ruinas.

El arte histórico está muerto. Para nosotros ya no tienen significación actual las portadas barrocas y las crucerías góticas, aunque por eso no dejan de emocionarnos sus valores intrínsecos. Nadie puede evitar, por ejemplo, el sortilegio de las delicadas formas del puente de Toledo, en Madrid.

Pero otra cosa es el querer copiar, interpretar o seguir las formas pasadas en este tiempo nuestro de actividad vital tan distinta y que paralelamente lleva consigo nuevas necesidades y tiene nuevos y poderosos elementos.

Si observamos la pintura española, vemos que está más lejos Picasso de Rosales que este último de Berruguete. Se ha dado un buen paso hacia adelante (no hacia la perfección), y si alguien se ha quedado parado con Rosales o con Berruguete es natural que no se haya dado cuenta de la zancada de Picasso.

Es claro que ni el mismísimo Picasso ha dado un salto, sino solamente un paso grande, pues tampoco fué mal paso el que dió Marinetti cuando dijo: "matemos el claro de luna."

Del mismo modo se ha adelantado en literatura, porque si nos interesan Ramón o Cocteau, difícilmente pueden entretenernos Pereda, por ejemplo.

Las zancadas son más fáciles de realizar en un cuadro o en un libro, puros productos intelectuales, que en una obra arquitectónica, en la cual el movimiento mental tiene que ser seguido por el constructivo y todo ello sólidamente apoyado por los medios geográficos, industriales y de cultura.

Por eso los arquitectos racionalistas no han podido llevar a la misma velocidad la concepción estética y su realización técnica, y de aquí que sus obras sean imperfectas, intermedias y de transición.

Y nosotros, los hombres de la postguerra, hemos aprovechado la lección y caminamos más despacio, procurando retardar algo la obra definitiva, pero con una cierta esperanza de que será más duradera.

Desde luego debemos a los racionalistas un gran servicio. Han empezado a educar la retina del público para el conocimiento de la nueva plástica, y lo han hecho con heroicidad, con una acometividad tan grande, que en poquísimos años está ganando la batalla.

Pero en toda batalla hay río revuelto, y ya sabéis que a río revuelto, ganancia de pescadores. Y por eso, cuando antes dije que los racionalistas no eran unos farsantes, no acabé de decir la verdad, pues a mi modo de ver, aunque los principios sean puros, a veces hay pescadores que emplean tales principios para fines muy impuros.

El nuevo arte trae los nuevos judíos, los del espíritu alerta que saben que si uno se entretiene pasan los demás por encima; y estos judíos, sin creer en las nuevas leyes, las sostienen y hasta vociferan defendiéndolas. Son unos grandes especuladores estos pescadores en río revuelto.

También el amplio panorama actual trae el grupo de los cándidos hombres de buena fe, que mirando una lámina cubista se les quedó la nariz pegada al papel.

Alegre época es la nuestra que envidiaría Nietzsche, cuando nos recomendaba que viviéramos en peligro.

Para poder moverse hay que sortear al apóstol excesivo, al judío pescador y al cándido de la nariz encolada.

Pero todos estos problemas y preocupaciones no son tan generales y profundos como creemos. Más bien son

los achaques de la vieja y complicada mentalidad europea, que ya a sus años no puede dejar de buscarle tres pies al gato.

Cuando Colón descubrió América no se dió cuenta de lo transcendental que su viaje podía ser en el campo intelectual. Nosotros empezamos ahora a ver que la corriente de las ideas tiene ya dos cauces totalmente distintos y cuya separación creo de grandísima importancia y fecundidad.

Por un lado corre el río europeo (del cual he intentado describir uno de los últimos remolinos) y por otro lado corre el caudaloso río americano.

Hablando de América, sólo hablaré de los Estados Unidos de Norteamérica, y eso es lo triste, no porque tenga una pasión iberoamericanista, sino porque, queramos o no, los movimientos de los pueblos hispanoamericanos son un índice de nuestra propia vitalidad, y salvo las situaciones económicas distintas, poco se diferencian de la actividad de la vieja madre, los hijos del otro lado del Atlántico.

Sólo algún destello aislado, como el de Sandino, puede ilusionar.

Por lo tanto, el río que contraponemos al complicado cauce europeo, es el sencillo y ancho río yanqui.

No nos saldremos del tema arquitectónico, pero todos sabemos que la arquitectura es un reflejo inmediato de la actividad vital, y en especial la arquitectura americana adquiere su principal carácter en ese mismo reflejo de su vida.

Del poder actual de la vida americana alcanza buena parte de la gloria a los europeos, y particularmente a los ingleses; pero es el nuevo suelo lo que comunica las nuevas leyes, y aunque todas las cosas hayan salido de aquí, es en América donde han cobrado su valor particular.

Yo creo que la principal virtud de los americanos (heredada de los ingleses) es la de tener un claro sentido de los valores prácticos, no en el sentido ramplón y burgués que en España se da a esta palabra, sino en su sentido transcendente, es decir, práctico, en armonía con la realidad y libre de prejuicios y de dogmas.

Aparentemente tiene la arquitectura americana muchos puntos de contacto con la inglesa, pero no son tantos en el fondo, porque partiendo de la base de lo práctico, tienen los ingleses que soportar una serie de tradiciones y formas históricas y están, además, inexorablemente sometidos al compás vital europeo, mientras que los americanos, partiendo de los mismos principios, cuentan con su formidable empuje vital; y en cuanto a peso de las tradiciones no tienen ninguno, es decir, se ponen alguno encima por coquetería solamente.

Esto no quiere decir que los ingleses estén lejos de las soluciones verdaderas, pues en ciertos ejemplos han hecho obras de plenitud, aunque esto mejor os lo explicará el martes nuestro compañero Sánchez Arcas, que es uno de nuestros primeros anglófilos.

Los racionalistas europeos van hacia las realizaciones a través de un dogma, mientras que los americanos van a lo práctico simplemente, ingenuamente, dispo-

niendo con facilidad de sus enormes posibilidades industriales.

Si en la actividad arquitectónica tomamos solamente su faceta estética, que nosotros, buenos europeos, consideramos como la actividad más noble, aunque ésta sea cuestión discutible, vemos a los norteamericanos en pleno período de formación, mejor dicho, vemos aún cierta irregularidad, cierto salvajismo en la aplicación de las normas estéticas del viejo mundo; porque al lado de ejemplos en los cuales los estilos históricos ingleses o los órdenes clásicos están tratados con una sabiduría de la mejor época, se ven casos de equivocaciones fundamentales, de pueblo primitivo, tal vez de piel roja.

Entre otros ha aparecido en Norteamérica un estilo arquitectónico que a nosotros nos toca muy de cerca. Es el estilo *misiones*, del cual hay ejemplos continuamente en la costa del Pacífico, y que ya en el Este, desde Palm Beach a Chicago, empieza a propagarse también. Este estilo, que, como su nombre lo indica, proviene de los conventos de nuestras antiguas misiones californianas, tiene una serie de modalidades, algunas verdaderamente ejemplares, que pueden servir de severa lección a los arquitectos españoles que han pretendido hacer estilo español, y también tiene otros ejemplos donde nuevamente aparece el piel roja.

En conjunto, la evolución de la estética de la arquitectura norteamericana es una carrera triunfal; camina, o mejor dicho, corre hacia su plenitud, y en muy pocos años, después de haberse echado encima el pesado ropaje de los estilos históricos, empieza a desprenderse de él, simplificando, aquilatando y, sobre todo —y esto es lo más importante—, cada vez sale más a la superficie la vitalidad orgánica de la arquitectura americana.

Por allí vendrá, a mi juicio, el nuevo racionalismo, el verdadero racionalismo, el racionalismo antiintelectual y antidogmático.

Para aclaración de lo que digo voy a dar dos ejemplos de una de las ideas más interesantes de la arquitectura americana. Ya sé que la mayor parte de vosotros la conoceréis, pero con que haya uno solamente entre vosotros (los que tenéis la atención de escucharme) que la ignore, me considero bien pagado si en algo le es útil, aunque los demás digáis que vengo con aire doctoral.

La idea a que me refiero es la llamada "unit system", o sea sistema de las unidades o de los módulos.

En esencia, el "unit system" es lo siguiente: si en una edificación hay distintas dependencias cuyos servicios se repiten y cuyo número sea suficientemente grande, puede llegar a obtenerse una dependencia tipo, que sirve de módulo y que se repite exactamente tantas veces como sea precisa.

Mejor se entiende el "unit system" sobre un caso práctico, y es muy interesante el ensayo que se ha hecho en la Universidad de Princeton, tratando nada menos que de alterar el sistema pedagógico de la enseñanza de la medicina.

Las clásicas salas de disección y laboratorios, con capacidad para cientos de alumnos, los inmensos guar-

darropas de calle y trabajo, los pasillos generales y vestíbulos, todas estas agrupaciones numerosas y de circulaciones distantes, están instituidas por laboratorios para cuatro estudiantes. En cada laboratorio pueden realizarse todos los trabajos necesarios a los alumnos durante un año, consiguiendo así la primera ventaja de que no considera el estudiante las distintas asignaturas separadas por barreras infranqueables, establece por sí mismo la relación entre ellas y se da cuenta de la labor armónica de las distintas ramas de la medicina.

(Ya he dicho que se trataba de una solución radicalísima y no voy a detallar más sus posibilidades porque se sale del tema concreto que quiero tratar.

Me voy a permitir también presentar otro ejemplo, y conste que ya he dado durante el curso de esta charla bastantes muestras de vanidad, y si ésta no es otra más, se debe a que el ejemplo es de un proyecto que no es solamente mío, sino trazado en colaboración con nuestro compañero Sánchez Arcas, al que se debe siempre la mayor parte del mérito de nuestros trabajos de colaboración.

Se trata del Instituto de Física y Química costeado por la Fundación Rockefeller Junior y cuya construcción va a empezarse en Madrid antes de un mes.

Los trabajos de la Química, y en especial de la Física, son sumamente delicados y exigen particularidades de las estructuras y aislamiento térmico que no entran en mi propósito describir en este momento.

Las dos ciencias antes citadas tienen exigencias variables, pero la Química (que en el Instituto Rockefeller comprende dos plantas), dentro de las distintas modalidades de sus trabajos, tiene un elemento fundamental, que es la llamada mesa de trabajo. Todos habréis entrado en un laboratorio y habréis visto unas mesas con sus estantes de frascos de reactivos; pues bien, estas mesas, que tienen dimensiones variables, pueden llegar a definirse en su magnitud después de establecer las relaciones entre los distintos ejemplos realizados, de tal modo que dé lugar a unas dimensiones que puedan servir de tipo.

Mucho se simplifica la cuestión en nuestro caso si se tiene en cuenta que se trata de laboratorios de investigación, porque los de enseñanza tienen otras necesidades, aunque a su vez podrían reducirse también a los tipos correspondientes.

Una vez obtenida la mesa de trabajo de dos plazas (que, según nuestra solución, es de $3 \times 1,60 \times 0,80$), tenemos ya la célula del organismo, y del mismo modo que el buen urbanista debe partir de la unidad vivienda unifamiliar para establecer la gradación de las densidades de una ciudad, teniendo dimensionada la mesa doble de trabajo, por grados sucesivos que voy a detallar, puede componerse el conjunto del Instituto.

Lo que hay que tener en cuenta en primer término, son las circulaciones, conociendo la índole de los trabajos, y éstas pueden también determinarse con cierta exactitud, disponiendo que los laborantes no se estorben en sus movimientos, pero que tengan a mano los distintos accesorios, como son, mesas de trabajo

adossadas a la pared (llamadas poyatas), vitrinas de tiro, fregaderos, etc.

Contando con las dimensiones de estos elementos, puede determinarse el laboratorio tipo de investigación para un laborante, que consta de la mesa doble de trabajo, dos poyatas, un fregadero, una vitrina de tiro y una mesa escritorio donde el laborante anota sus observaciones.

Después del laboratorio tipo hay también laboratorios de profesor, más grandes, laboratorios para un cierto número de laborantes principiantes, que aún tienen mayores dimensiones.

Hay, por último, dependencias, como son cámara obscura, balanzas, soplado de vidrio, que no exigen más que una poyata u otros elementos que pueden asimilarse a ella por sus dimensiones y situación.

Una vez conocidas las distintas necesidades de un laboratorio que acabo de describir, puede establecerse la unidad estructural que sirve de base al sistema. En nuestra solución, tiene esta unidad 6 m. de anchura de crujía por 2,25 de frente la fachada.

A cada unidad corresponde una ventana, cuya superficie de iluminación rebasa algo del coeficiente normal, o sea, como sabéis, de $1/6$ de la superficie de planta.

A cada una de las dependencias últimamente mencionadas (balanzas, etc.), corresponde una unidad.

A los laboratorios de investigación de un laborante corresponden dos unidades. A los de profesor, tres unidades. Y a los de principiantes, cinco o siete unidades.

Los laboratorios de Física se disponen en planta baja para alcanzar la máxima estabilidad de los aparatos, y aunque estos laboratorios no tienen exigencias tan estrictas como los de Química, pueden, sin embargo, asimilarse a éstos.

La disposición general del Instituto es: un pasillo central, y a los dos lados de él se alinean las unidades. La estructura es de hormigón armado (que por cierto la van a construir dos bñbaños muy competentes) y consta de apoyos verticales a lo largo del pasillo y de las fachadas y vigas horizontales, formando la cuadrícula entre los apoyos, y sobre ella se apoyan los tableros del suelo.

Después de las exigencias de dimensión, tienen los laboratorios de Física y Química necesidades primordiales de complicadas instalaciones de agua, gas, electricidad de distintas clases, vacío, aire comprimido, ventilación artificial y calefacción.

Se han ordenado las instalaciones de modo que en cualquier punto del edificio y sin hacer una roza siquiera, pueda tenerse cualquiera de los elementos que acabo de enumerar.

Para ello, el pasillo antes mencionado tiene un doble techo, que da lugar a una cámara visitable que aloja todas las conducciones horizontales. En el eje del edificio, a los dos lados de la escalera, hay unas cámaras verticales que pueden abrirse para su inspección y que comunican verticalmente las instalaciones del edificio. Cada unidad tiene un doble suelo, en cuya cámara se alojan las conducciones horizontalmente y emergen en el punto de la unidad donde son necesarias. Esta cá-

mara es registrable desde la del pasillo que acabo de indicar.

De este modo se consigue una verdadera ubicuidad de las instalaciones y el que sean registrables en su totalidad, condición muy valiosa teniendo en cuenta lo primordial de su función.

Una vez descrito someramente el conjunto, vamos a pensar las cualidades del sistema de unidades.

En primer término, con una ordenación tan estricta, como todos sabéis, se simplifica notablemente la construcción en toda la sucesión de los distintos oficios que intervienen, desde el mismo replanteo hasta el final.

Con ser esta una ventaja grande, hay otra mayor. Ya dije antes que cada unidad tiene una ventana y su suelo está sostenido con cuatro vigas que lo circundan. Estas circunstancias permiten que, sin alterar la estructura ni los huecos, con una simple variación de tabiques, puede cambiarse en absoluto la distribución de las dependencias. Esta condición, que es en apariencia insignificante, tiene en el fondo ventaja decisiva, pues todo el que haya seguido la evolución de cualquier ciencia, sabrá la movilidad y variación de sus exigencias, y el sistema de unidades permite, como acabo de decir, su adaptación a cualquier cambio.

Además, y esto es una circunstancia puramente nacional, hay que confesar que, en general, el sistema pedagógico español aun no está actualmente maduro (y no lo digo por el caso que nos ocupa, puesto que el director del Instituto, D. Blas Cabrera, tiene un prestigio internacional de todos conocido); pero en general es un deber del arquitecto el de adelantarse en lo posible a las deficiencias de los programas de necesidades, uno de los deberes más duros y menos agradecidos en el arquitecto español.

El sistema de unidades tiene, como ya he dicho, grandes posibilidades de adaptación a las exigencias futuras.

El proceso que hemos seguido para la formación del proyecto del Instituto de Física, creo es simplemente de trayectoria racionalista, del racionalismo americano de dentro afuera, y no del europeo de fuera adentro.

En cuanto a las fachadas, no presentan ningún elemento superfluo, o *voulu*, como diríamos en francés.

Solamente en la portada hicimos una concesión, que creo es de poca monta, aunque confieso es innecesaria. Se proyectó un orden alargado, del estilo llamado colonial norteamericano, y se hizo así pensando en que Rockefeller, que prohíbe que su nombre figure en sus donaciones, tuviera un recuerdo, aunque fuera mudo.

He tenido el impudor de presentaros este ejemplo propio (y de Sánchez Arcas) en atención a que aclara algo las ideas que a través de mi peroración intento desarrollar, y desde luego haciendo constar que no hemos inventado nada, sino puramente aplicado las experiencias ajenas.

La arquitectura americana yo no sé si ha inventado el sistema de las unidades; pero sí puedo afirmar que se emplea ampliamente y es uno entre los muchos ejemplos de su formidable y sólida actividad.

Ahora es el momento en que puedo explicar mejor el título de mi charla *Europa bajo el racionalismo*, o

sea, los esfuerzos de Europa (algunos muy fecundos) bajo el peso de la palabra racionalismo. Y *América sobre el racionalismo*, dando a la palabra *sobre*, no el sentido de superioridad, sino el de *acerca de, alrededor de*.

El arco de las ideas no debe detenerse en un parangón de dos orientaciones extranjeras; debe tener su parte nacional, su reflejo en nuestra vida. Por eso quiero decir lo que a mi juicio es España ante estos movimientos.

He dicho a mi juicio, porque quiero hacer que mis palabras estén desprovistas de todo matiz apostólico o dogmático. No pretendo tener en mis manos la verdad absoluta; cualquiera de vosotros que me escucháis y con tanta tolerancia me soportáis, tendréis ideas desde luego mejores y tal vez más ciertas; pero desde luego me podréis conceder que mis afirmaciones, aunque no sean ciertas, por lo menos son mías y, por lo tanto, no tienen importancia ni transcendencia exterior.

A mi juicio, pues, adolece la arquitectura española del defecto que anuncié hace un rato, o sea que "no sacamos de la escuela esa sólida estructura necesaria para ir sujetando a ella los conocimientos necesarios". Como consecuencia de ello, las manifestaciones arquitectónicas nacionales presentan un aspecto heterogéneo, caótico y anárquico, no tienen esa comunidad de principios que se acusan en las francesas, inglesas o alemanas; aunque aparentemente es tradicionalista nuestra arquitectura, es tan superficialmente tradicionalista, que no llega a coger el nervio de los artes históricos, tímida en sus realizaciones, y cuando cae en los extremos de última hora, desenfrenada, sin esa ordenación, esa solera tan necesaria en toda manifestación de la inteligencia.

Es un síntoma alarmante el que presentan algunos arquitectos jóvenes lanzando al público sus proyectos, impregnados del más ardiente deseo de modernidad racionalista; estos proyectos no merecen la aprobación de la opinión y ellos sacuden la cabeza orgullosos; se consideran incomprendidos, mártires, ya inmolados de la nueva idea, y no se les ocurre pensar que no han planteado el problema, que sin darse cuenta han salido por la línea de la menor resistencia, que escamotean el verdadero esfuerzo y que en lugar de poner un huevo han puesto sólo la cáscara.

Estas declaraciones de lo que es a mi juicio el panorama actual de la arquitectura española, os podrán parecer pesimistas y lo son, en efecto, en lo que se refiere al pasado inmediato; pero creo en el porvenir de nuestra arquitectura; si no, no sería arquitecto.

Creo que está llegando el día en que todos estudiaremos más y obraremos con más lealtad intelectual, porque de nuestra lealtad moral cuento con ella, y ya es mucho.

Esta pesadez, esta carga uniformemente repartida de mis palabras, por lo menos va a durar poco tiempo, y para terminar quiero decir algo públicamente, para saldar así una deuda que tengo con el país vasco.

Se trata de lo siguiente: hace poco decía Giménez Caballero, al volver de sus excursiones literarias por Europa, que al entrar en España había que apretar las

mandíbulas metiéndose en el frío ambiente de la dura vida española; pues bien: yo también, cada vez que vuelvo del extranjero, aprieto fuertemente las mandíbulas; pero no lo hago en Irún, como corresponde a la realidad geográfica, sino que las aprieto cuando ya he pasado el país vasco, porque aquí, en vuestra bendita tierra, se siente fluir la vida, hecha a la medida del hombre, tal como soñamos que debe ser la futura vida española los que vivimos en aquella meseta castellana, hecha sólo de cielo y de tierra.

Ya cumplí la deuda que tenía con vosotros.

Y no digo más; esto es todo: bien poco, como veis.

Gracias por vuestra presencia.

NOTICIAS

JAPON

En el *Neue Züricher Nachrichten* leemos una nota interesante bajo este epígrafe: "¡Rascacielos hacia abajo!" En Japón se han llevado a cabo estudios a este fin, por geólogos y arquitectos, a fin de vencer la fuerza de los terremotos, tan frecuentes allí. Se piensa en casas de 18 pisos y de estructura metálica, fáciles de refrigerar en verano y de caldear en invierno.

En el centro de Tokio se va a construir una casa con estas condiciones y en forma de cilindro-gigantesco. El arquitecto se llama Minamoto. Su costo se calcula en dos millones de dólares.

CUBA

En la Habana se ha inaugurado un espléndido Auditorium, con una cabida de 3.000 espectadores, el mayor de Cuba, en el que han sido tenidos en cuenta todos los adelantos de la moderna arquitectura teatral, respondiendo a una acústica y a una visualidad perfectas.

ITALIA

La cuestión de las Ordenanzas municipales está siendo cada día más debatida y más estudiada, y una Sociedad romana (Confederazione generale degli Enti autarchici) acaba de fijar unas normas generales que serán aplicadas con las modificaciones a todos los Municipios.

En las disposiciones se llega hasta a fijar el color de las fachadas.

En el reciente Concurso del plano de extensión de Foggia, fué premiado el proyecto de los jóvenes arquitectos Petrucci, Susini, Tufarolli y del ingeniero Paolini.

El proyecto ha sido recibido con todo entusiasmo.

Roma.—El Teatro Real de la Opera, por otro nombre Costanzi, está siendo completamente renovado por el ilustre arquitecto, célebre romano, Marcello Piacentini, y, según tradición, será inaugurado el día de San Estéfano.

FRANCIA

LAS CIUDADES-JARDINES DE LA COMPAÑIA DE CAMINOS DE HIERRO DEL NORTE.

Emplea esta Compañía (una de las principales de Francia) 72.000 ferroviarios; habiéndose preocupado de que la vida de ellos, fuera de las horas de trabajo, sea lo más

agradable posible, ha creado, para conseguir esto, 35 ciudades-jardines de muy diferente extensión: la más pequeña, *Feignies*, con 23 viviendas; la mayor, *Iergnier*, con 1.025, albergando en total más de 35.000 habitantes.

Construidas según modernos principios de urbanización, están dotadas de toda clase de instalaciones, calles perfectas, bien orientadas, jardín de cuatro a cinco áreas por familia; todo, por un moderado alquiler.

Generalmente, forman los bloques cuatro viviendas agrupadas; esto no impide tengan entradas independientes. Constentan las viviendas de cuatro piezas y cocina. Comedor, dormitorio de los padres, dormitorio de los muchachos y dormitorio de las muchachas.

El alquiler moderado es, en las casas provisionales de madera, de 35 a 50 francos por mes, y en las definitivas de fábrica, de 55 a 87 francos.

Tienen, en fin, repartidos, según la importancia de cada ciudad, edificios para escuelas, baños, piscinas, pequeños correos, dispensarios, escuelas profesionales, campos de deportes, etc.

ALEMANIA

Leipzig.—Se dispone, bajo la dirección técnica del arquitecto Ritter, luchar contra la carestía de viviendas y crear un suficiente número de éstas, a la manera de Berlín, Frankfurt, Düsseldorf, Essen, etc.

El arquitecto Erich Mendelsohn ha publicado un nuevo libro: *Rusia, Europa, América* (Rodolf Mosse Verlag).

INGLATERRA

EBENEZER HOWARD INTERNATIONAL MEMORIAL COMMITTEE.

Se ha constituido en Londres una Comisión internacional, con el fin de honrar la memoria de Sir Ebenezer Howard, el fundador de la "Garden Cities and Town-Planning Association", y a quien se debe la iniciativa, con la publicación de *to morrow: a Peaceful Path to Real Reform*, en 1898, de la preocupación actual que la urbanización de ciudades y construcción de ciudades-jardín, de las que fundó la primera en 1903, en Letchworth.

Es objeto de esta Comisión obtener fondos destinados, principalmente, a:

Primero. Perpetuar el nombre de Sir Ebenezer Howard, erigiendo pequeños monumentos en las ciudades-jardín de Letchworth y Welcoyn, fundadas por él, y en Londres, lugar de su nacimiento; y

Segundo. Llevar a cabo estudios de urbanización y dar a conocer en todo el mundo los resultados obtenidos de estos trabajos por medio de publicaciones, conferencias, etc.

Después de cumplido el primer objeto, el resto de la suscripción se dividirá en dos partes: *a*, inglesa, y *b*, internacional, correspondiendo su administración a "The Garden Cities and Town-Planning Association" y a la "International Federation for Housing and Town-Planning", respectivamente.

Las personas que deseen contribuir a esta suscripción, pueden remitir sus donativos directamente a Cecil Harmsworth, 13 Hyde Park Gardens London, W. 2., indicando en cuál de las dos Secciones desean inscribirse.